

ojo al acólito, para que conjurara sobre él una nube de pedradas, con que siquiera le espantara; dejólo de hacer, porque como mi picarillo era determinado, sabía que tardara yo mas en decirselo que él en empedrarle la cara y esmaltar la miel dorada con la sangre de sus venas; y así me determiné tomar por mi persona la empresa de espantarle, confiada en que no era yo la primer mesonera que triunfó de hominicaos.

Bajé pues como un leon pardo ó azul, y fingiéndome furia de onza, y aun de arroba, le amagué con un terron; y juntamente le hice un gesto tan de hircana furia, que tuvo por mejor mostrarme él á mí las espaldas que esperar á que yo le mostrara á él los dientes. Con este ademan nos quedamos ambos hechos estatuas de salvajes de armas, él con sus dos dedos empuñados en la mano, y yo con mi terron punta al ojo. El medroso, espantado y absorto de ver mi ademan; yo perseverante por meterle el gesto en las tripas.

Ya fuimos á menos, retraje el brazo, eché á mis espantadores ojos las cortinas de mis párpados, y plegué el pendon de mis extendidas cejas; yo perdí el miedo, y él la cólera, con que pudo hablarme con algo menos rumbo, aunque no menos correa, que en esto del decir tenia rauda despepitada; llegóseme cerca, y dijo: Señora Justina, que no lo hacian por tanto, que cinco dedos envainados en la palma nunca dan estocada de muerte. Particularmente que un agravio de justicia pide algun camino para su descargo, y el que yo intenté no era el mas costoso. ¿Párecele bien, señora Justina, haber afrontado su sangre, enlodar á sus parientes, poner mal olor en mi fama y mi persona? Pues ¿así me paga, que todo el camino de la romería la vine acompañando, hecho un Roldan contra todos aquellos y aquellas que la querian agraviar? Dígame, ¿es posible que no tuvo miramiento una doncella tan limpia y tan honesta emporcar un cesto nuevo y limpio como aquel, y tras esto poner mi vida al tablero por defender su honra y su limpieza, ó por mejor decir, su suculidad? Ya yo sabia que aguardar fin á sus bachilleras razones era buscar el fondo al mar con sonda de calabaza ó cabeza de alfiler, y por tanto, le quise atajar, temiendo no me diese ocasion de segundo relámpago. Basta, basta, le dije, basta, señor enlodado, el del mal olor en su fama y su persona. Si él es un bobo, ¿qué culpa le tiene el consejo? ¿Por qué, pues yo le dije que fuese á la cama en que yo dormí, no subió paso á paso, sin ruido, á la propia cama donde yo le dije? Si él fué á otra cama de algun puercio como él, ¿de qué se maravilla que le ensuciasen y afrontasen? En las camas donde yo duermo nunca yo dejo esos incestos. Si fuera á la propia cama donde yo dormí, hallara ser verdad cuanto le dije, y que debajo de ella estaba un gran cesto de favos de miel; y por mas señas, sepa que el procurador que trataba mi pleito en Leon no los quiso, porque me hace el pleito de balde; y yo, por no traer sucia la alforja, derretí los favos en casa del procurador, y traigo la miel conmigo en un perolejo vidriado; véala aquí, para que entienda que es un tortolico y que no hace

cosa á derechas; y sepa que no lo tiene todo averiguado; que no lo hará con un real de á cuatro lo que me debe. Lo uno, porque sepa que no me costó poco á sacar de rastro el cesto y favos, que como él lo metió todo á barato, ya no habia rastro de la miel, y pensaba que era negocio dejado, y para sacar el juego de mañana di un real á una moza del meson, que me habló cómo y dónde estaba; mire si yo no fuera ladrona de casa y supiera negociar en mesones, ¿qué bueno lo habia parado? Lo segundo, que por el daño que él hizo y por vengarse dél, me tomaron á mí mas de tres reales de miel y el cesto, y hube de comprar este pote vidriado. Velo aquí todo, pote y miel y el cesto, y mostrélelo, y al verlo quitéle el sombrero en prendas. El, confuso y convencido de verse culpado y la claridad al ojo, cortóse, y no supo qué se hacer. Parecióle que habia de ser segundo pleito de mesonera; y tanto mayor, cuanto yo era mesonera mayor de marca. No tuvo otro remedio sino hincarse de rodillas y pedirme, por las plagas de san Lázaro, que le fiase la paga hasta que nos viésemos en Mansilla. Mas yo, como soy misericordiera, eché de ver que no llevaba moneda en qué trabar la ejecucion; se le tornó con algunas ceremonias y ratificaciones de que escupiria el real de á cuatro en viéndonos en Mansilla. Pidióme tambien con mucha instancia que no dijese cosa de lo que por él habia pasado á nadie de Mansilla; yo no le dije sí ni no, porque pensaba en cobrando el cuatrin no dejar persona escolar ni lega á quien no dijese el chiste; y por contentarme, me dió algunas cintas y arenillas, que de Leon traia, lo cual todo lo tomaba yo con un ademan tan grave como si le hiciera merced de la vida.

Ya que vi que no tenia mas que dar sino palabras suyas, que para mí eran tan enfadosas, comencé á darle matraca, avisándole que si allí no desfogaba, no me podría contener en Mansilla y que mejor era que allí descargase la nube. Con este presupuesto estuvo un poco quedo, lo que bastó para decirle galanas cosas sobre lo del haberse ido á fregar al caño como muchacho azotado, y echarse en remojo como pescada salada, y sobre lo de haberle hecho perder tierra la diosa Palas, digo, la mesonera con el palo. Quisiera que se me acordaran los dichos que le dije; pero ya es comun que las que decimos de repente no tenemos buena retentiva, causa de no ser húmedas de cerebro. El sí con su humedad podrá haber retenido para esto de matracas; era entonces yo una cendra, y aun ahora. No es tan viejo el moro, que puñalada no diera, si ocasion de burla y fisco hubiera. La matraca fué tal y tan buena, que no fué en su mano aguardarla mas que si fuera melecina de plomo derretido. En fin, tomó y fué.

Cuando yo entré en Mansilla vi que se estaba paseando por la plaza con el vestido mudado y en compañía de Bertol. En viéndome que me vieron ambos á dos, fué como si se les apareciera algun muerto á pedir ejecucion de testamento; y aunque mas los ceceé, no hubo venir; y no me espanto, que como yo decia ce, ce, el Bertol pensó que era el ce, ce de marras, cuando le dije

ce, ce, téngase, que está aquí mi pariente Roldan; y el bachiller oyendo ce, ce, se acordó del cesto, y por esto huyeron ambos. Con todo eso, el bachiller lo pensó mejor, y para obligarme á que callase, me vino á besar las manos y me trajo un real de á cuatro tan duro como un hueso. Puso el dedo en la boca; y como así el callar como el hablarse hace con la boca, y él apuntaba la boca, no entendí bien si me decia que callase ó divulgase la burla. Yo por acertar eché á la peor parte, en especial que ya tenia el cuatrin embolsado. Vi buen auditorio; comencé á decir pu, pu, y taparme las narices. ¿Qué ha, señora Justina? dijeron los del mercado. Respondí: Fuego de Dios, señor bachiller, y cómo huele á miel de ovejas. ¿Yo, señora? ¡Ay, sí! dije; él es, señor bachiller melado, que no debió de lavarse bien en los caños de Leon. Mal haya la mesonera que le encerró con tan mala trementina, hildeputa del mal hojaldré.

¿Este es el secreto macho que me encargaba siendo él secreta? La bellaca que tal callara. ¿Parez que calla, señor bachiller? ¿Vuélvese á niño que no sabe decir la caca? De aquí fuí diciendo, bellacas, que despues que una picara desprende tres alfileres del secreto, no hay tal bohemio del gusto. Furiosa fué la venida de vayas que le dí y la que le dieron los de mi pueblo, que habia en él muchos de vaya. Quedó tan asentado el nombre del bachiller melado, y con él tal mancha y mal olor en su fama, que por muchos años que dure no le jabonará taborda.

#### APROVECHAMIENTO.

Quien quiera triunfa de un hablador, porque su indiscrecion da armas contra él.

#### 3. — DE LOS TRAJES DE MONTAÑESES Y CORITOS.

*Sextillas unisonas de nombres y verbos cortados.*

*Yo soy due-  
Que todas las aguas be-  
Escuch- que quier pintá-  
Un mapamund- generá-  
De Montañe- y Asturiá-  
Desde el cocó- hasta el zapá-  
Espád- monté- guada-  
Y si pregunt- ¿quién lo ha he-  
Yo soy due-  
Que todas las aguas be-  
Soy la reina de Picardi-  
Mas que la rud- conoci-  
Mas famo- que doña Oli-  
Que Don Quijo- y Lazari-  
Que Alfaraché y Celesti-  
Si no me conoces cue-  
Yo soy due-  
Que todas las aguas be-*

Yo pienso que la bondad de las cosas no consiste tanto en la sustancia de ellas cuanto en menudencias y accidentes de ornatos y atavíos. Asimismo pienso yo que la bondad de una historia, no tanto consiste en contar la sustancia de ella cuanto en decir algunos accidentes, digo, acacimientos trasversales, chistes, curiosidades y otras cosas á este tono, con que se saca y adorna la sustancia de la historia, que ya hoy dia lo que mas se gasta son salsas y aun lo que mas se paga. De aquí saco

que pues he referido lo que toca á la jornada de Leon, será justo decir algunas menudencias de graciosos trajes y figuras que vi por las aldeas y en el camino, especialmente cuando me torné á Mansilla; y si lo que dijere para alguno fuere agraz, haz cuenta que mi historia es polla y que la salsa es de agraz.

Yo gustara ser una duquesa de Alba, Béjar ó FERIA, y mas ahora que las tres hermanas son las mismas tres gracias sobre una misma inclita é ilustre naturaleza; quisiera, como digo, ser una duquesa para hacer de estos trajes una tapiceria tan costosa como la de Túnez, tan graciosa como la de los disparates, tan fresca como la de la Apocalipsis. En fin, fuera tapiceria tan varia y de tanto gusto, que su variedad te excusara un Aranjuez, su riqueza unas Indias, su gusto los mil placeres. Decia, y decia bien, una dama discreta: No soy amiga de tapicerías de seda, brocado, terciopelos ni damaseos, porque estas son colgaduras de pobres, y probábalo, porque estas son telas de repuesto, para que faltando dinero para saya, puedan servir de lo que les mandaren. La que es propio ornato para tapiceria es la que tiene figuras, porque estas tienen mucho provecho y gusto. En invierno harto pan; en soledad, acompañan; en tristeza, divierten; en necesidad, adornan; en fin, casi suplen lo que los hombres; como se vió en el otro capitan que no quiso ir en casa de un amigo suyo que tenia muy buenos tapices, diciendo: No quiero ir á ver hombre enemigo mio que tiene dinero para sustentar tantos hombres pintados, que quien compra pintados que le deleiten y buscará vivos que le venguen. Así que, si yo fuera duquesa, es sin duda que yo mandara hacer una tapiceria de estos trajes de los montañeses y montañesas de mi tierra, y coritos y coritas, que te diera muy grande gusto. Lo primero, yo encontré unos asturianos, á los cuales por aquella tierra de Leon unos les llamaban los guaños, porque van guarando como grullas en bandadas, ó quizá porque siempre van con las guadañas insertas en los hombros; otros les llaman coritos, porque en tiempos pasados todo su vestido y gala eran cueros; alguno dijo ser la causa otra. La verdad es que la falta de artificio, la necesidad del tiempo, la simplicidad del ánimo y la necesidad de su defensa les hizo andar de este traje, y no como algunos maldicientes dicen, el haber salido de Asturias los que inventaron los cueros para el vino y las coronas para Baco; mas no por eso niego que el Baco tenga allí y haya tenido jurisdiccion y gran parte de su real patrimonio, no digo en vivos, sino en vinos. Ahora ya no se visten de cuero, si no es algunos que le traen de parte de dentro, y para esto tienen comercio de por mar con las Indias de Ribadavia, que engendra vino de color de oro. Otros llaman á estos coritos hijos de la Pernina, maldicientes quieren decir; venia esta denominacion de una gran hechicera, que allí traia los diablos al retortero, y se llamaba la Pernina; pero no es por eso, sino que por denotar que sus piernas andan vestidas de las calzas de aguja que sus madres les labraron en los moldes de sus tripas, les llaman de la Per-

nina. Todos estos nombres son asentados en las cortes de los muchachos con solo el fundamento de su número gusto; y no es mi intención que pasen por verdades, pues se sabe que los muchachos han tomado licencia para dar vayas á los mas calificados del mundo; y si yo hubiera de tejer historias de seda fina, á fe dijera bellezas de Oviedo y de la cámara santa y del principado de Asturias; pero soy relatera, ensarta piosos, y si tomo pluma en la mano es para hacer borrones, voy con la pluma retizando con orlas de cortapisas; díselo tú, que á mí no me vaga. Va de cuento: Estos asturianos encontré en diversas tropas ó píaras, con tales figuras, que parecían soldados del rey Longaniza ó mensajeros de la muerte de hambre, lo cual creyera cualquiera que los viera flacos, largos, desnudos y estrujados y con guadañas al hombro; vi también que llevaban unas espaditas de madera en la cinta; paréme á pensar qué podía ser aquello, porque decir que había enemigos que no podían morir sino es con puñal de madera, era negocio difícil de entender, si no es creyendo que eran enemigos encantados como los de don Belvanis; imaginé si era batalla de sopas, en la cual se suele hacer la guerra con madera; pero eso fuera si las espadillas tuvieran forma de cucharas; en fin, no atinando la causa, me resolví de aguardarlo á saber en el otro mundo. Miren si es por ahí la gente corita, pues llevan armas incomprensibles que agotan el entendimiento; los que iban, sin sombreros y casi desnudos, los que venían traían dos sombreros y mucho paño enrollado. De manera que imaginé si acaso iban á la isla de los Sombreros, y allí los segaban con aquellas guadañas; en lo del paño tuve envidia, porque las mujeres somos grandes personas de andar empañadas, y de los sombreros tuve curiosidad; así, con toda mi inocencia pregunté á un asturiano lo siguiente: Hermano, decidme, ¿cuánto hay desde aquí á la isla de los Sombreros donde segais, y desde aquí á la isla Pañera, donde os habeis empañado? El bellacon del asturiano debía de ser hijo de la Pernina y tener la redoma llena; respondió: Señora, los sombreros se siegan en Badajoz, y el paño en Putasi, digo en Potosí. A esto le repliqué luego: Yo entendí que me habian engañado; bien haya el que es llano y dice las verdades á las gentes; y diga, hermano, y estas espadicas ¿para qué son? A esto me dijo él: Vamos contra unas mujeres que están rebeladas contra don Alonso el Casto, y porque no es honra pelear con hierro contra gente de corcho, llevamos armas de madera. Preguntéle mas: ¿Y en qué isla es eso, galan? Respondió tan presto: Dama, en la isla del Cuerno. Parecióme mozo alegre y de la tierra; y por diez metí el buen sol en casa y estiré las preguntaderas, y dije: ¿Y esas guadañas? Dice: Son para segar oro para contentar las mujeres ruinas, que son muchas, á las cuales, como por una parte son locas y por todas codiciosas, se les ha encajado que hay en Potosí una muy grande dehesa en que nace el oro con barbas y raíces como puerro; y así, á ruego de muchas, les vamos á segar el oro con estas guadañas, y les dejamos las casas en prendas de que volveremos, y á esto vamos para lo

que cumpliere. Mil gracias me dijo el asturiano; preguntéle por qué los de su tierra no tenían cocote. Y díjome: Señora, en Asturias entre dos hombres tienen una cabeza partida por medio; y para que se junten como medias naranjas, están así sin cocote para estar lisas y juntas. Preguntéle que por qué andaban en piernas los asturianos; dijo que porque hay una profecía de Pero Grullo, que fué asturiano, de que en Asturias ha de venir por el rio una avenida de oro y toneles de vino de Ribadavia, y por estar prevenidos para la pesca andan siempre descalzos. Preguntéle que por qué hablaban siempre en tonillo de pregunta, y dijo que como tienen fama de que yerran mucho, preguntando siempre puedan decir que quien pregunta no yerra, si no es que pregunte lo otro, que ya me entiendes; también dijo que hablaban en tono de pregunta, porque como están lejos de corte, siempre llevan de acarreo respuestas. Ibanse lejos los compañeros, que á no verlo traza tenía el asturiano de entretenerme todo el día. Verdaderamente parecía noble, y sin duda lo sería, que aquella tierra tiene las noblezas á segunda azadonada, dado que los nobles de aquella tierra son ilustre y heroica gente. No te he dicho del traje de las asturianas. Oye: unas traían unos tocados redondos que parecían reburujon de trapos en empujo de melecina; otras los traían que parecían turbantes de moros; otras, las mas galanas, azafranadas como cabeza de pito; otras de tanto volumen y de tal hechura, que parecia tejado lleno de nieve; vi tantas diferencias de ellos como hechuras de pan de ofrenda. En aquella sazón traían todos lujo por una persona de la casa real, y era cosa de risa ver los lutos de las asturianas. Una vi que por luto traía una soleta de calza parda, presa con dos alfileres sobre el tocado. Puramente me pareció que las ánimas de aquellas asturianas debían de ser de casta de truchas empanadas en pan de centeno, porque quien viera un rostro negro, una mantilla atrás, y otra adelante, no podía pensar sino que allí vivían empanadas las ánimas no incorporadas ni humanadas. Pues ¿las diferencias de los calzados no eran donosas? Unas traían unos zapatos de madera, que llamaban abarcas, con unas puntas de madero, que parecían cola de ternero retozon. Si aquellas mujeres supieran escribir, con los piés pudieran firmar, que aquel pico sirviera de pluma. Otras usan unas sandalias, que llaman zapato de apóstol; estas son de cuero ó pellejo, y las traen atadas con un cordel tan fuertemente, que despues de calzadas pueden en las soplantes hacer son como pandero; y creo lo hacen á veces á falta de ténpano. Otras traen unos zapatos de vaca, no cosidos, sino clavados con tan fuerte clavazon, como si fuera postigo de fortaleza, y aun algunas para vestir tan al propio como al provecho, traen echados tacones de herraduras viejas. Una cosa vi en que juzgué que los asturianos deben ser volteadores de inclinacion y aves de caza, porque sus madres los crían en el aire. Y es que van camino ocho ó diez leguas, y llevan los muchachos en unos cestos ó banastos sobre las cabezas; si como los traen en el aire, fuera en el agua, segun razon, habian de ser pescados, y cer-

ca andan ellos de ello, pues no suelen tener casi nada de carne. Verdad es que á ellas les sobra.

Todas estas visiones llevara en paz y en haz de mi gusto si encontrara alguna de buena cara; pero teníanla todas tan mala, tan negra y abominable, que yo imaginé que eran salvajes escamados, y que quitados los pelos y cerdas, habian quedado así las caras sin barbas. Yo no sé cómo, siendo aquella tierra fria, son aquellas mujeres negras, porque el color negro es efecto de mucho calor, como se ve en el cuervo; mas debe de ser que con el frio se queman y ennegrecen como los naranjos cuando se hielan, ó se deben de afeitar con color de guinea, ó las paren sus madres en los cañones de las chimeneas, ó las ponen al humo que se acecinen, ó cualquier cosa; ya seria posible que como Asturias ha sido y

será el muro de la fe, y la herejía tiene por antecristos al ocio, al gusto y al dios Cupido, proveyó Dios de estas malas caras, porque sin duda, viendo estos caballeros tan malas visiones, se tornaran á la herejía, su señora, diciendo: Señora, hay peste; no es tierra para nosotros, que no viviremos dos días; y con esto dejará la herejía la jornada y el intento de entrar allí, santo y bendito. Ahora digo que las doy licencia para que sean feas del papa, pues tanto importa.

APROVECHAMIENTO.

Animos libres y holgazanes solo ponen su fin en cosas vanas y de poco momento, olvidándose de las cosas sólidas é importantes.

LIBRO TERCERO.

LA PICARA PLEITEISTA.

CAPITULO PRIMERO.

De la hermana perseguida.

Tercetos de ecos engazados.

Pusieron en Justina sus hermanos  
Manos, lengua, y tras esto una demanda:  
Manda el juez pague costas de escribanos.  
Vanos jueces, dice, apelo al almirante,  
Ante el cual llamaré á Justez de Guevara  
Vara de manteca y pecho de diamante.

Ya, Dios norabuena, asenté real en Mansilla: fuéme como en real, pues contra mí asestaron sus tiros los que mas obligacion me tenían, hermanos y hermanas, unos por codicia, y todos por envidia; y esto duró lo que bastó, y aun lo que sobró, para desengañarme que la esperanza de buen suceso era ninguna, porque la ocasion era tan durable como mi persona; y aunque á los principios me mostraban hocicos solos á boca cerrada, de ahí á poco abrieron la boca y desbocáranse; luego mostraron dientes, luego me mostraron las manos, y luego las uñas, cada cosa por su orden; tras ten con ten, pinicós; tras pinicos, andadura; tras andadura, trote, y tras trote, asomo de garrote. Como el odio es fuego, si una vez mina el alma, crece, y cuando mas no puede, revienta. Mis hermanos siempre salían con decirme que yo era libre y pieza suelta; y esto de pieza suelta me repetían cada paso, porque demás de parecerles injuria, la tenían por brava elegancia. Yo jamás les respondía de veras por no les dar ocasion á que la tomasen, sino hacia mis letradas por vía de gracia, que siempre tuve esta por muy buena manera de responder, que la tal respuesta tiene lo bueno de la venganza y lo bueno de trapajija. Es fruta madura para

N-11.

el dador, y verde para quien la recibe. A esto de pieza suelta les solía yo decir: Por cierto que no os entendéis. En realidad de verdura, que una moza villana, digo de villa, yendo á ciudad, es como peon que en yendo suelto se hace mas pronto dama, segun dicen los jugadores del juego de los de Alba, que es el de los escuques. Deciales mas: ¿Qué sabeis vosotros si con esto granjearé yo un casamiento con que honre á mi linaje y sea nuestro meson casa solariega, y se llame la casa de los Dieces ó de los Justinos? ¿Cuántas doncellas las envían sus padres á comedias y fiestas para que finjan que van sin licencia, en demostracion de las finezas de amor, solo á fin de que acarreen á casa un novio mostrenco de los que creen á las quince? Andad, que bolos son diablos, como dijo el otro que iba á birlas y le faltaban diez. Donde no se piensa salta la liebre, y andaba sobre un tejado. Creed que antes ser pieza suelta me ha de hacer á mí mucho provecho, y quizá á vosotros otras veces; pardiez, espumaba la olla y despumaba la mar, y les decia con toda la cólera del mundo y del diablo y la carne: ¿Qué, pensábades que me habia yo de estar aquí hecha monja entre dos paredes? Nunca medre Justina, si vosotros tal viéredes en los días de vuestra vida, aunque viváis mas que Matuta. No ha habido monja en nuestro linaje; no quiero yo ser la primera que quiebre el ojo al diablo. No en vano dice el cantar: Mariquita, daca mi manto, que no puedo estar encerrada tanto. Estas gracias no podían sufrir, que eran para ellos sol de marzo, que parece que sabe y da mazada. En fin, viéndome moza de tan buen descarte, mis hermanos me querían tan mal como si de hermana me hubiera vuelto en almorrana. ¿Qué piensas? Vi-

10